

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA
LICENCIATURA EN LENGUA Y LITERATURA HISPÁNICAS



SELECCIÓN DE LECTURAS
ENSAYO ESPAÑOL DEL SIGLO XX

María Andueza (comp.)

México



Marzo, 2002

Para cualquier información y comentarios
sobre esta obra comunicarse a:
E.MAIL suafyl@servidor.unam.mx
Visite nuestra página en internet: <http://www.suafyl.filos.unam.mx>

Selección de lecturas de Ensayo Español del Siglo XX

Primera edición: enero de 1997

D.R.© Universidad Nacional Autónoma de México

Cd. Universitaria, C.P. 04510, México, D. F.

DIVISIÓN SISTEMA UNIVERSIDAD ABIERTA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

7° PISO TORRE DE HUMANIDADES I

ISBN 968-36-6205-6

Impreso y hecho en México

Segunda edición: diciembre de 1997

Tercera edición: septiembre de 2001

Cuarta edición: marzo de 2002

Colaboradores de Cómputo SUAFyL

Dora Luz Díaz Cruz

Mónica Rodríguez García

Mónica Sánchez Hernández

*Captura, escaneo, corrección de galeras
y cotejo de originales*

Dora Luz Díaz Cruz

Carlo Salinas Reyes

Diseño editorial y formación

Carlo Salinas Reyes

Coordinador General

ÍNDICE

	Pág.
Presentación	5
UNIDAD 1. HACIA UN CONCEPTO DEL ENSAYO ESPAÑOL	
1.1. José Luis Gómez Martínez. <i>Teoría del ensayo</i>	9
1.2. Eduardo Gómez de Baquero, (Andrenio). <i>El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos</i>	13
1.3. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	15
1.4. Eduardo Nicol. <i>Ensayo sobre el ensayo</i>	17
1.5. Arturo Souto. <i>El ensayo</i>	19
1.6. Pedro Laín Entralgo. <i>Prólogo a José Ortega y Gasset</i>	21
1.7. Alfredo Carballo Picazo. <i>El ensayo como género literario. Notas para su estudio en España</i>	23
1.8. Ricardo Gullón. <i>El ensayo como género literario</i>	27
1.9. Juan Marichal. <i>Teoría e historia del ensayo español. (Introducción)</i>	29
UNIDAD 2. GENERACIÓN DEL NOVENTA Y OCHO	
2.1. Angel Ganivet. <i>Ideárium español</i>	35
2.2. Miguel de Unamuno. <i>En torno al casticismo</i>	37
2.2.1. _____. <i>Vida de don Quijote y Sancho</i>	39
2.2.2. _____. <i>Del sentimiento trágico de la vida</i>	43
2.2.3. _____. <i>La agonía del cristianismo</i>	44
2.3. José Martínez Ruiz (Azorín), <i>Castilla</i>	47
2.4. Ramiro de Maeztu. <i>Defensa de la hispanidad</i>	49
2.5. Antonio Machado. <i>Cancionero apócrifo</i>	51
UNIDAD 3. NOVECÉNTICIMO	
3.1. José Ortega y Gasset. <i>Meditaciones del Quijote</i>	57
3.2. Eugenio D'Ors. <i>Nuevo glosario</i>	59
3.3. Gregorio Marañón. <i>Vocación y ética y otros ensayos</i>	61
3.4. Ramón Pérez de Ayala. <i>Las máscaras</i>	65

Pág.

3.5. Manuel, Azaña. <i>Ensayos sobre Valera</i>	69
3.6. Salvador de Madariaga. <i>Ingleses, franceses y españoles</i>	73
3.7. Américo Castro. <i>La realidad histórica de España</i>	77

UNIDAD 4. LA GENERACIÓN ESCINDIDA

4.1. Pedro Laín Entralgo. <i>La generación del Noventa y Ocho</i>	81
4.2. José Luis Aranguren. <i>Estudios literarios</i>	87
4.3. José Ferrater Mora. <i>El mundo del escritor</i>	95
4.4. Julián Marías. <i>Cervantes, clave española</i>	99

UNIDAD 5. ENSAYISTAS DEL EXILIO ESPAÑOL

5.1. Pedro Salinas. <i>El defensor</i>	105
5.2. José Bergamín. <i>El disparadero español</i>	109
5.3. José Moreno Villa. <i>Cornucopia de México y Nueva Cornucopia mexicana</i>	113
5.4. Juan Larrea. <i>Del surrealismo a Machupicchu</i>	117
5.5. Eduardo Nicol. <i>La vocación humana</i>	121
5.6. María Zambrano. <i>Pensamiento y poesía en la vida española</i>	131
5.7. Francisco Ayala. <i>El escritor en su siglo</i>	135

UNIDAD 6. ENSAYISTAS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

6.1. Juan Marichal. <i>Teoría literaria e historia del ensayismo hispánico</i>	143
6.2. Carlos Castilla del Pino. <i>Cuatro ensayos sobre la mujer</i>	149
6.3. Carlos Bousoño. <i>Teoría de la expresión poética</i>	153
6.4. Tomás Segovia. <i>Cuaderno inoportuno</i>	155
6.5. Jaime Gil de Biedma. <i>El pie de la letra</i>	157
6.6. José Ángel Valente. <i>Las palabras de la tribu</i>	161
6.7. Federico Patán. <i>José de la Colina</i>	165
6.8. Fernando Savater. <i>Panfleto contra el todo</i>	173

6. 6. LAS PALABRAS DE LA TRIBU

José Ángel Valente
(1929-)

¡Qué difícil es
cuando todo baja
no bajar también!

Con los maestros —con los que uno ha escogido, no con los que de algún modo le fueron impuestos y eran como gruesos pedruscos que cerraban la boca de la gran caverna— hay que seguir andando bien que mal a lo largo del tiempo, entendiéndolos y desentendiéndolos, haciendo y deshaciendo caminos, tentando la salida o la entrada del laberinto, subiéndolo a la luz de su día o bajando a veces a estadios infernales. Una cosa es el ir y venir, el bastardo ajeteo de las apreciaciones contagiadas, la moda, en suma, y su vaivén sonoro. Otra, la fidelidad a los maestros que en mucha angostura de nuestra biografía fueron por nosotros entre escogidos y reinventados. De tal fidelidad nace un diálogo de por vida. Así se me presenta a esta altura del tiempo la relación del que esto escribe con figura maestra como la de Antonio Machado.

Las generaciones más jóvenes, que con empujón legítimo nos colocan, querámoslo o no, a mitad de nuestra vida y obra, olfatean a Machado con alguna desconfianza, como parte acaso de actitudes ajenas respecto de las que han de tomar distancias, y así lo que no hace mucho era colectiva baraúnda se disuelve ahora en formas de indiferencia, de reunión disuelta por sucesivos chaparrones y en busca de otros techos o banderas. Acaso los más jóvenes no adviertan por entero que lo que tal vez recusen en Machado no sea Machado mismo, sino más bien sucesivas imágenes de éste que ellos ya no quieren llevar, y están en lo justo, en procesiones más o menos heredadas.

Fue Machado, como sabido es, gran creador de apócrifos. El mismo aconsejó la recreación de un pasado apócrifo, no en el sentido de falso, sino en el etimológico de secreto o no públicamente leído o declarado. «Tenéis», dijo por boca de Mairena, «unos padres excelentes, a quienes debéis respeto y cariño; pero, ¿por qué no inventáis otros más excelentes todavía?» Así lo hizo él, para remediar en parte el vacío de pensamiento poético de nuestro siglo XIX, al inventar en un doble salto cronológico una estirpe de maestros en Abel Martín y Juan de Mairena. Nosotros, tan necesitados de un pasado apócrifo, es decir, distinto del leído en la sinagoga, no hemos dejado de seguir, sabiéndolo o sin saberlo, ese conse-

jo. Pero la creación de apócrifos es en buena medida un juego de huérfanos, patético y peligroso. Machado, gran creador de apócrifos, fue él mismo apócrifamente recreado. Pero no siempre —y aquí viene el aviso a jóvenes recientes— con excelencia mayor de la que él tuvo.

Así, pues, habría que distinguir entre los apócrifos de Machado los «verdaderos» o por él creados y los que luego le fueron sobrepuestos o apócrifos «falsos». Ha de aclararse que estos últimos no han sido en todos los casos excrescencias malignas, sino formas de necesidad del que se ve obligado en circunstancias difíciles a buscar una estirpe. La sucesión de algunos de estos «falsos» apócrifos da idea de cambios de considerable interés, aún no bien iluminados por dificultades obvias, de nuestra última historia.

El primer gran apócrifo «falso» es el del Machado «rescatado», es decir, puesto en circulación previo despojo de sus contenidos éticos o ético-políticos, de sus fidelidades más simples y más hondas y de sus más «verdaderos» apócrifos, como Juan de Mairena. De tal rescate ojalá quede para siempre el rescatador rescatado, porque el «falso» apócrifo que así se creó tuvo entera vida y fue pronto rebasado por el bulto natural de una figura que mal se prestaba a un rescate con aires de secuestro.

Vino después, de extremo a extremo, otro apócrifo «falso», el Machado convertido en pancarta y propaganda, en campo de pelea, en dogma batallón y monumento a medias, con olvido de muchas de sus propias palabras, pues también fue él quien dijo, y una vez más por boca de Mairena: «Vosotros debéis *hacer política*, aunque otra cosa os digan los que pretendan hacerla sin vosotros y, naturalmente, contra vosotros. Sólo me atrevo a aconsejaros que la hagáis a cara descubierta; en el peor caso, con máscara política, sin disfraz de otra cosa, por ejemplo: de literatura, de filosofía, de religión. Porque de otro modo contribuiréis a degradar actividades tan excelentes, por lo menos como la política, y a enturbiar la política de tal suerte que ya no podamos nunca entendernos».

Acaso no sea difícil ver que la «falsedad» de ambos apócrifos refleja a nivel peninsular la tensión de los años de la Europa sangrienta, donde a la estetización de lo político característica del fascismo se responde desde la ideología opuesta, en el momento en que el estalinismo empuja a ésta a formas aberrantes, con la politización del arte, según señaló bien Walter Benjamin, ese judío alemán muerto también al lado de los Pirineos, cuando huía de los nazis, en viaje geográficamente inverso al de Machado, y la frontera de España no se había abierto.

Otros «falsos» apócrifos responden a más elementales condicionamientos Hay, por ejemplo, el Machado de la supuesta esterilización creadora a partir de la estancia en Baeza, que es invención de profesores capaces de creer que la poesía se reduce a ciertas formas ya catalogadas, que se alimenta sólo por ingestión de más poesía y que se reproduce por partenogénesis. Machado fue hacia formas no agotadas de creación, muy ajenas por cierto a las senectas y serializadas del poeta vestido, en el mejor de los casos, de harapos de sí mismo, cuando no en situación de protagonizar aquel drama de Juan de Mairena que nunca se encontró entre los inéditos de éste, pero cuyo título rezaba: «La chochez de Alcibíades».

Quizás ahora, con algo más de distancia o con menor ruido en torno de su nombre, cabría adentrarse de nuevo por sus soledades, por las galerías de los muchos espejos donde las imágenes de Machado —su incurable *otredad* de lo uno— se multiplican sin llegar nunca a ser idénticas. Pocas imágenes más resistentes que la suya a la fijación, al inalterable retrato, a la congelada interpretación, al rito incorregible, al dogma. La imagen de Machado tendríamos que reconstruirla con espejos de agua, donde lo por un instante reflejado se borrase luego para reaparecer después igual y distinto. Porque ¿con cuál imagen quedarse entre las suyas —auténticas, no falsas— o con cuál de sus voces? De él nos viene la imposibilidad de la elección excluyente: «No conviene olvidar», escribió en *Los complementarios*, «que nuestro espíritu contiene elementos para la construcción de muchas personalidades, todas ellas tan ricas, coherentes y acabadas como aquella —elegida o impuesta— que se llama nuestro carácter. Lo que se suele entender por personalidad no es sino el supuesto personaje que a lo largo del tiempo parece llevar la voz cantante. Pero este personaje, ¿está a cargo siempre del mismo actor?».

De todas sus imágenes y personas, de todos sus verdaderos apócrifos, yo me quedaría acaso con aquel —apenas visible— Antonio Machado del que poco más tenemos que este breve apunte biográfico en *Los complementarios*:

«ANTONIO MACHADO. Nació en Sevilla en 1895. Fue profesor en Soria, Baeza, Segovia y Teruel. Murió en Huesca, en fecha no precisada. Algunos lo han confundido con el célebre poeta del mismo nombre, autor de *Soledades*, *Campos de Castilla*, etc.»

Tal vez sea éste el más misterioso de los verdaderos apócrifos de Machado. Nos sobrecoge esa línea divisoria de otras vidas posibles (o más reales) que separa las ciudades convividas (Sevilla, Soria, Baeza, Segovia) de las del otro lado de un espejo invisible (Teruel, Huesca con la muerte imprecisa). Parece estar construido ese personaje con lo más sustancial de cuanto en Machado hubo: la ironía y el misterio. Ironía y misterio emparejan bien como fuente de lo poético. La misteriosa luz de la ironía envolvió mucho a aquella tan imprecisable figura de Miguel de Cervantes, otro creador de apócrifos, del que tan próximo se sintió Machado. En la ironía está la raíz del movimiento creador de los apócrifos y, a la vez, el de aquella lógica que pretendió ser —según Mairena dice— «la de un pensar poético, *heterogeneizante*, *inventor* o descubridor de lo real».

La ironía es un movimiento de participación que complica al creador en las mismas leyes de la realidad que reconoce. El recinto de lo subjetivo queda abierto, se destruye en cierto modo al reconocerse como tal y da paso a ese proceso de autocorrección de la fragilidad del que alguien ha hablado. La ironía es un atisbarse o verse de lo *uno*, que toma así distancias de sí mismo y se descubre diversificable, alterable. Los apócrifos de Machado nacen de ese movimiento diversificador y participante de la ironía que corrige sin cesar lo «auténtico», la apariencia pública de la realidad para poder inventarla o descubrirla. Por eso la ironía es engendradora de misterio y de sutiles intermediarios que tienden redes a la falsedad de lo «auténtico». Es de aire como Ariel —«*thou, which art but air*»— y como Ariel no puede quedar clausurada en ninguna de sus formas, pues es más libre que éstas. Sólo por eso puede engendrar otras. Y así habría que entender acaso aquella objetividad del arte que Machado perseguía «desde hace veinte años» —dice en 1928— y que terminó por ver «en la creación de nuevos poetas —no nuevas poesías— que canten por sí mismos».

Mairena, el más fiel de sus intermediarios, el que lo acompañó hasta el último momento, el que acaso no quedó en libertad más que cuando la representación hubo terminado, es el producto más neto de la ironía de su creador. Fue Mairena autor de sermones. Los hubo famosos en su obra oral, como los de Chipiona y Rute. Pero los sermones de Mairena tienen una entidad explícitamente rebatible: sus afirmaciones parecen

estar dispuestas a ser lo que son o a absorberse en su contrario. Por eso se pronuncian como ejercicios de retórica. Porque Mairena, aunque titular de una cátedra de gimnasia, ejercía en realidad como profesor de sofística y de retórica, es decir, de saberes probados en la denuncia de la falsedad de lo «auténtico» y en la apertura de la subjetividad. De ahí que en su proyectada Escuela Popular de Sabiduría Superior fuese el que sigue mandamiento indispensable: «Nosotros no hemos de incurrir nunca en el error de tomarnos demasiado en serio». Y el propio Machado, haciéndose eco de su apócrifo o anticipándose a él, escribió: «Tampoco encontraréis en mis notas esa firmeza y seguridad en el tono de quien, al pensar, piensa de paso que piensa la verdad».

Es grato caminar, en el súbito silencio reactivo que ahora los rodea, con Antonio Machado y sus apócrifos. Inmunizan contra los vacuos monolitos circundantes y contra su hidrópica dignidad. También ayudan a ver claro muchas cosas, mas siempre en el ejercicio de la ironía y el misterio, es decir, «con una claridad perfectamente tenebrosa», como única manera de ver.

VALENTE, José Ángel. “Machado y sus apócrifos”, en *Las palabras de la tribu*, Barcelona, Tusquets, 1994, pp. 93-97, (Marginales, 132).

